

CUENTOS DE LA MIRADA ESTRÁBICA



**(TEXTOS MODERADAMENTE ACEPTABLES
DE UN BLOGUERO EMPEDERNIDO)**

DAVID SÁNCHEZ SÁNCHEZ



© 2013, ARSA EDICIONES

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Tiene este cuento poco de original. Quiero decir que no aportará nada nuevo al que tenga por costumbre (buena o mala) acercarse al blog donde voy dejando escritos esos textos y pretextos para pasar los días (los míos, cuanto menos). Me apetecía, sin embargo, juntar los que he escrito con la intención que se parezcan algo a un cuentecillo breve, a alguna historia con sentido, por lo menos así han salido de mi cabeza, sin otra pretensión que la de compartir una afición económica y desinteresada. Y eso he hecho. Recopilar. Nada más.

... Un hueco para la poesía en el metro de París. Un par de versos dicen, más o menos *“De todos los elementos que conforman el mundo/ sólo el silencio desborda el universo”*. Y así, entre estación y estación, pienso que también hay pocas cosas que digan tanto y tan en silencio como la lectura. Bendito silencio. Que guste el cuento.

David Sánchez, Abril de 2013

DECORACIÓN NAVIDEÑA

Cerró la puerta con el alivio de encontrar el remanso calmo de un hogar que sabía temporal, pero en el que había logrado encontrar el sentido del espacio propio. El sedentarismo vital se había perdido en su cadena evolutiva y, sin embargo, aquellas cuatro paredes le devolvían la libertad que le hurtaba el mundo exterior presentado como un bucle inexpugnable. Levantó la mirada y observó la decoración navideña que ella misma había perpetrado hacía sólo unos días al tiempo que apoyó la puntera de un zapato sobre el talón del otro para desprenderse de la altura ficticia que le otorgaban unos tacones no demasiado excesivos pero suficientes para alejarla más de lo pretendido de su constante anhelo de pisar la tierra descalza. Observó los espumillones precarios, en otro tiempo brillantes, desprovistos de bastantes de esas tirillas que tintinean al menor soplo de aire. Recorrían las paredes como un cercado eléctrico de bestias de guardar y sintió una punzada en forma de lástima o sentimiento compasivo hacia bueyes y ovejas. Los descolgó con un sigilo acompasado por unas cuantas versiones navideñas interpretadas por un Elvis ya maduro y acomodado. Movía las caderas levemente con *Silent Night* y sintió el gusto o la necesidad de deslizar su ropa hacia el suelo con una cadencia que parecía responder al movimiento de una cámara que registrara la escena o a la curiosidad

y excitación de un improbable espectador que fisgoneara a modo de un *voyeur* oculto. El único edificio que mediaba entre su ventana y el puerto había sido derribado hacía unos meses dejando la línea del horizonte con una dentellada o con la falta reciente de un diente de lactante. Tal vez era esa escueta brecha lo que le otorgaba la libertad del aislamiento mundano, una perspectiva única hacia el espacio por escrutar. Ya desnuda recorrió la estancia en busca de las figuras descoloridas e impertérritas que recreaban un nacimiento imposible en la mezcla de paisajes y figurantes de medidas dispares. Depositó la escena en una bolsa de supermercado (afortunadamente cada vez más escasas). Volvió a mirar por la ventana. Abrazó su cuerpo erizado por el frío inclinándolo hasta notar que su piel rozaba el vidrio entumecido. Un escalofrío sacudió su cuerpo y su pensamiento en una conexión eléctrica que parecía surgir de su pelo sedoso en cascada hacia las corvas que sustentaban sus muslos estilizados, una profusión intermitente y mínima de volúmenes carnales suaves batió el espacio. Pensó en la Navidad como entrega solitaria y desnuda, alma sin tapujos. Había preparado una copa de vino que llevó hasta sus labios para que el caldo calentara sus adentros. Alma solitaria y desnuda, pero no fría, se dijo a sí misma. Elvis siguió derrochando su profunda voz para ella y para su danza liviana, desnuda y célibe. El frío se iba desvaneciendo al compás de *Santa Claus is coming to town* y ante la temperatura interior que iba destilando con cada sorbo, profundo, oloroso, evanescente como un cáliz de tierra y libertad. Decidió después envolver el regalo más preciado y cubrió con papel celofán de color rojo la

ventana, su visión, su huída. El filtro artificial otorgó un tono cálido a la tarde que flirteaba con la oscuridad a esas horas y en la lejanía atisbó a un minúsculo tipo con sombrero que paseaba por los muelles ajeno al oleaje. Desde el puerto alguien elevó su sombrero y levantó la vista hacia un edificio con todas sus ventanas coloreadas, en rojo, en verde, en amarillo. Le pareció que tras ellas danzaban siluetas desnudas, pero la luz iba faltando a esas horas y siguió caminando. Por el cielo un dios burlón iba extendiendo un enorme papel celofán de tono oscuro. Tras él, una colonia de ángeles perforaban pequeños agujeros sobre el lienzo para hacer menos intensa la asfixia.

AMANTES

Cuando se despertó la cabeza seguía pesándole como un piano de cola de teclas amargas cuyos sonidos retumbaban en las sienes, en las órbitas oculares, en la nuca rígida, en el sabor a hiel de la saliva. Él miró a su izquierda y sintió que los ojos iban a desprenderse de sus cuencas, cualquier gesto era lento y doloroso. Esa continuaba allí. La respiración distendida y profunda, la quietud y el silencio la suponían dormida. Ojeó el reloj, de soslayo, con una punzada hiriente en las pupilas. Once de la mañana. Ella no llegaría hasta las cinco. Habían quedado en el aeropuerto -terminal dos- como era costumbre siempre que tenía que viajar. No lo hacía con mucha frecuencia últimamente. La crisis, ya se sabe, había hecho que la empresa para la que trabajaba recortara el presupuesto de representación exterior y las visitas a las diferentes sedes europeas de la compañía se hacían cada vez más espaciadas en el tiempo y menos extensas en duración. Ella lo sentía como una pérdida, como una frustración laboral, como una ausencia en sus quehaceres obligados, una anomalía en sus rutinas adquiridas que condicionaba no sólo su vida laboral. La ausencia se extendía al palpito emocional de su vida compartida. O tal vez fuera a la inversa. Ya no lo recordaba. Él lo sabía o más bien sentía la creciente intensidad de ese vacío que iba impregnando los

silencios cada vez más largos, las palabras de escasez trabajada, las coincidencias esquivadas aduciendo inexistentes tareas no finalizadas -cada uno en un extremo de lo que un día fue morada común, hoy común morada de dos extraños-. Le costó ubicarse en la habitación de hotel reservada un día antes, con prisas - no supo hasta el día anterior del viaje de Ella-, pero a tiempo para corresponder a la cita esperanzante o de evasión que había encontrado en una web de relaciones personales (o contactos superficiales). Esa se le había aparecido como un soplo de juventud, como una musa de inspiración vital que le recordaba lo perdido o gastado con Ella. En cierto modo había numerosas coincidencias entre Esa y Ella en los gustos manifestados en los test de compatibilidad y en las preguntas que le había formulado a través de algunos *chats*, ya de noche, fingiendo preparar una reunión para el día siguiente, con la mirada pendular y oscilante entre la pantalla del ordenador portátil y el fondo del estudio, controlando los movimientos de Ella, también apoltronada en la butaca acolchada y la cara semioculta tras otro ordenador portátil. Alguna mirada cruzada, encontrada, esquivada - voy a la cama enseguida, ¿vienes tú?-.

Ahora estaba en otra cama, en un hotel cercano al domicilio al que habría de volver en breve para organizar el regreso de Ella y dar la prestancia necesaria a la morada para que pareciera haber sido ocupada durante los dos días en que había estado fuera, aparentar que la vida había transcurrido sin alteración rutinaria a lo dispuesto, a lo que Él suponía que Ella imaginaría en la distancia. En el fondo sabía que Ella no repararía en esos detalles objeto-espaciales del domicilio y

posiblemente los pensamientos hacia Él ocuparían un lugar bastante secundario o terciario, desde luego no principal en su ausencia, pero necesitaba dar continuidad a la vida artificial, pero no por ello irreal, en común.

Esa le había hablado durante la tarde de sus numerosas inquietudes vitales, de sus gustos literarios, musicales. En bastantes ocasiones le pareció rememorar anécdotas y gustos ya olvidados de Ella, hasta su risa le transportó bastantes años atrás, cuando el futuro estaba por escribir y se trazaba a renglones de deseos compartidos y ampliamente coincidentes. El alcohol destilado en numerosas formas puso la divagación etílica y etérea sobre cualquier tema que se abordaba, sobre la vida imaginada de los transeúntes y de los clientes de los locales que fueron visitando. Él se mostró jovial e ingenioso como hacía tiempo que no se sentía, como si una chispa invisible hubiera prendido la mecha de su autoestima y le hubiera devuelto las ganas de agradar, que es una de las cosas que primero se pierde cuando se desvanece el interés por el otro.

La velada se fue consumiendo como la cera de las velas encendidas, entre risas, alcohol y conversación amable, convirtiéndola en un encuentro más parecido al de dos amigos a los que el tiempo había puesto en distancia que al de dos amantes en celo que buscasen en el sexo la falta o la desidia vengada de su vida diaria. Pero también llegó el momento del acercamiento corpóreo, ya coronados ambos por la embriaguez, despedidos del mundo exterior, desnudos y elevados a remotas cumbres inexplicablemente cálidas: la entrega, el instinto primario, el ser compartido, el agotamiento, el sueño. Después

amaneció la sed y el ardor, la sacudida de la resaca, pero ahora, a media mañana, le parecía un precio minúsculo pagado por el reencuentro consigo mismo. Se vistió con sigilo para seguir disfrutando de la respiración susurrante de Esa, la brisa, el soplo, la plenitud del ser significado. Marchó dejándola en la cama, sin irrumpir en la escena de belleza y quietud del cuerpo semidesnudo, entrelazado en sábanas que dejaban a la imaginación la continuidad de su piel tan entregada al descanso como hacía unas horas se entregaba a su piel.

Esa no quiso despertar todavía. Había seguido la escena con los ojos cerrados, como si el abrirlos fuera a devolver la incrustación de la pátina de olvido de sí misma que los días le habían puesto sobre el alma, su alejamiento esencial, y que el encuentro con Ese, a hurtadillas, fingiendo un viaje inesperado, había arrancado con una violencia extrañamente deseada. Tal vez tampoco abría los ojos para no enfrentarse al nuevo día hiriente de resaca alcohólica. Y de risas, de deseos olvidados o enterrados en la maldita pátina de la rutina. De todas formas tenía tiempo. Hasta las cuatro no tendría que volver a componerse para reaparecer en el mundo en forma de llegada fictícea al aeropuerto -terminal dos-. A las cinco la esperaba Él. Como siempre.

EL VISITANTE

Apareció entre los vapores azulados del helio vestido a medias con una túnica blanca que dejaba entrever el torso. Su barba espesa amarilleaba y su piel mostraba un cansancio de siglos en su textura cuarteada y en los huesos, ondulando el relieve del hambre. A pesar de lo estruendoso y humeante de su llegada, la escena había pasado desapercibida para los transeúntes que siguieron a sus cosas, a sus tareas, con el paso a sus destinos temporales o definitivos. Alguno de ellos tuvo que percatarse a la fuerza de la presencia de la capsula metálica humeante, pero tal vez debió de intuir problemas inminentes en la atención prestada al evento. Mejor seguir de frente y con paso fingidamente decidido. Cuántas veces se ha oído que un leve inciso en el trayecto al trabajo, en la vuelta a casa, en la ruta planificada puede cambiar destinos irremediablemente en forma de amor inconveniente, de atraco o violencia con riesgo de muerte. Mejor no parar. La vida pasaba así, entre seres autómatas que se desplazaban en solitario de un lado a otro de las calles y avenidas de la Gran Ciudad. El espacio conquistado por la soledad compartida.

Su garganta carraspeó precediendo a una voz grave y reverberante. El cambio de registro vocal era un aspecto muy trabajado por el Creador en sus androides

emisarios. A fin de cuentas tenían que llevar su mensaje en diferentes situaciones y espacios. En esta ocasión hacía falta un sonido contundente que atravesara la Avenida Principal poblada de gente a aquellas horas.

-He venido a comunicaros que en breve seréis llamados a juicio por el Creador. Su descontento es creciente y desborda ya una paciencia, la suya, que todos creíamos infinita. Se os acusa -prosiguió- de haber aniquilado el espacio vital que os ha sido concedido, de no haber sido capaces de organizaros de una forma que hubiera permitido repartir las riquezas y parabienes que se os han regalado. Se os acusa de ser unos idiotas sin remisión incapaces de ver más allá de las tres dimensiones de ilusión en que se os figura la vida. No habéis hecho caso de las múltiples advertencias en forma de mil penurias que se os han hecho llegar. Se os acusa de un egoísmo integral podrido entre soberbia y materialismo que os ha llevado a una infelicidad extrema... Uno por uno habréis de responder ante Él.

Los abogados celestiales son todos de oficio, así que no penséis en triquiñuelas de juzgado de república españ... perdón, bananera. Id preparando vuestro pliego de descargo porque el juicio será en breve...eve...eve.

Si hubiese existido una cámara cenital que hubiese registrado la escena desde el aire se hubiera visto un incipiente y repentino meandro de curso semicircular frente al emisario que desviaba el río de personas que atravesaban la avenida en uno y otro sentido, todos en la misma dirección: ninguna.

Después del último sonido del eco de sus palabras, ya difuso, se hizo un silencio absoluto sólo roto por la fricción de los zapatos contra el pavimento. Por un

momento pareció que el mundo se iba a parar en un acto reflexivo desconocido hasta la fecha, la gente detuvo su marcha y hasta parecía que contenían la respiración en un acto de generosidad hacia el prójimo, puesto que los niveles de oxígeno andaban en sus cotas más bajas desde el inicio de la crisis -el presupuesto escaseaba para el mantenimiento de los bosques artificiales-. Este inciso de esperanza se quebró contundentemente con un grito uniforme y hermanado que surgió desde el bar ubicado en una de las esquinas de la Avenida Principal... -Goooooooooooool, gooooooooool. El grito se esparció entre los transeúntes en una profusión de abrazos, saltos y caras desencajadas. El FC Granciudadano había marcado un gol de penalti que lo proclamaba como campeón interplanetario por trigesimoséptima vez consecutiva. Acto seguido la escena prosiguió sin novedad alguna. Gente ensimismada, más acelerada ahora, por el tiempo perdido en la celebración. El emisario, visitante interplanetario de profesión, volvió resignado sobre sus pasos al tiempo que pensaba en dar una patada celestial al planeta que le había tocado en mala suerte custodiar, sacarlo de órbita y que se le asignara otro en alguna galaxia lejana. Cuando llegó a la cápsula metálica tenía una multa en el parabrisas.

EL SUSURRADOR DE OVEJAS

La inmensidad cobraba un color dorado a esa hora en la que el sol mediaba el declive hacia la noche. La primavera lamía el primer verano. El pasto empezaba a perder la frescura de las lluvias de Abril y el rebaño lo notaba y parecía contagiarse del amarillo en la lana que habría de abrigar otros cuerpos. Cuerpos ajenos al momento brillante contemplado a distancia por el pastor, sentado en la ladera, dominando la pendiente y el descenso pausado de seres lanudos de calma esencia. El tallo de una hierba aromática sostenida en los labios a modo de falso e innecesario cigarro para apaciguar los sinsabores de una soledad cotidiana, tan compartida, sin embargo. Los días pasaban así, de mañanas a noches andadas sobre caminos y prados, de horas a horas de silencio, de pensamiento y observación. Podía reconocer a cada una de sus ovejas aún en la lejanía, en los días de niebla fría o en los de calima ardiente, y aún más, podía conocer su estado de ánimo, su felicidad o su tristeza difuminada en su sencilla y sumisa forma de vida, el sufrimiento o la enfermedad oculta o aún no manifestada, incipiente en la psique. A poco que se preste un mínimo de atención, los años de rutina traen eso, el conocimiento, el saber por un gesto, por una mueca, por el andar, por la expresión, por el silencio, la

costumbre. Él contaba además con una ventaja: las ovejas no saben mentir, ni disimular, ni tienen por qué hacerlo. Sus expresiones siempre eran transparentes y alejadas de subterfugios o intenciones ocultas. Había aprendido a interpretar sus registros guturales transformándolos en lenguaje inteligible al entendimiento básico humano. Se sabía armado del don de la comunicación entre la especie humana y la especie ovina y eso, lejos de dotarle de un dominio soberano y soberbio sobre los cuadrúpedos lanudos, le imbuía el acicate necesario para seguir interesándose por un trabajo iniciado tantos años atrás con un entusiasmo que pocos compartían en su casi extinta profesión. Mientras sus compañeros de gremio mataban las horas de camino con un transistor, él cargaba en sus alforjas libros, revistas y un cuadernillo de campo donde anotaba lo más relevante de sus "conversaciones". Arrimando sus labios castigados de intemperie a las orejas aterciopeladas de las ovejas susurraba palabras tranquilizadoras cuando notaba que alguna de ellas se sentía inquieta, de ánimo cuando las notaba tristes. Su cuadernillo destilaba un rosario de estadios emocionales. *"23 de Mayo. Remigia. Mal de amores. No lleva bien que Gonzalo sea semental. Le he prometido que mañana quedarán sólo en el corral. Balido sostenido con reverberación final. Contenta"*. Salpicaban estas notas grafismos de flechas y precisos dibujos de rostros ovinos. *"24 de Mayo. Roberta y Galilea. Dudas existencialistas. Inquietudes sobre el más allá. Han discutido por tener diferentes puntos de vista sobre el origen del Universo. Abrazo a las dos, les recuerdo que sobre todo son amigas. Tres balidos breves. Mañana*

Stephen Hawking a la alforja para lectura en los alcornocales". Cada dos o tres páginas siempre se repetía una anotación con el mismo nombre. "28 de Mayo. Socrática. Silencio. Seguimos igual. Sin expresión definida". Socrática era la excepción, el enigma, el misterio, la desesperación, la atracción y el silencio siempre. Más días solitaria que en manada, insurrecta a los ladridos del perro ovejero. Un pelaje desaliñado, poca leche y escasez de carnes no fueron impedimento para conservarla en el rebaño durante años sin saber muy bien por qué, si por error, si por capricho, si por reto. Lo cierto es que la admiraba como uno admira un cuadro impresionista, por la indefinición, por las sensaciones que sus trazos dispersos concentran en el ojo, en el alma.

Aquella tarde, en la hora de luz semilunar, mientras el rebaño declinaba de forma automática hacia el cercado notó la proximidad de un morro humedecido junto a su oreja carnosa. "Mira la estampa. ¿Te reconforta, verdad? Te sientes dotado de un poder divino capaz de guiar, de instruir, de apaciguar, de crear un mundo a medida de un rebaño al que supones feliz... O tal vez sea un mundo a tu medida, el que necesitas para no sentirte vacío como humano.... El que te gustaría para ti. Vida simple (sólo aparentemente) y guiada, sentido pleno... Pero, amigo, quién te susurrará a ti. ¿Quién te susurra en tu vacua soledad? ¿Quién te sueña en tus noches de desvelo? Prueba a pastorear sin perro, prueba a guardar la luna sin cercados, prueba... Y una lengua tersa y musculosa lamió su lóbulo ante un estremecimiento eléctrico y un erizar de vellosidades. Se acarició a sí mismo en un acto reflejo y notó que un tacto lanar y esponjoso brotaba de

sus hombros. Tres balidos en eco. El perro ladraba en círculos a su alrededor.

ALICIA

La ventana era sus ojos. En conjunto. Los dos. Con sus dos hojas a cuarterones vidriados, como dos párpados cuadriculados. Geométrica ensoñación del paso de la vida ante una cámara fija. Cada cual busca su libertad allá donde puede y él la había encontrado en el vano de su habitación. Refugiado tras el vidrio en los días de invierno, codos en el alfeizar en verano.

No era calle transitada en abundancia ni barrio bullicioso la amplitud urbana que se extendía ante su mirada. Una zona dormitorio de la gran ciudad con el ajetreo justo en las horas punta del ir y volver de las rutinas laborales, de la monotonía escolar, de los obligados desplazamientos en los quehaceres domésticos. No eran calles de paseantes distraídos ni plazas arboladas en las que los peatones toman los bancos, no sin antes haber procurado limpieza a las descomidas de palomas -ratas con alas, leyó una vez- que incrustan su fusta innoble, paso previo a la lectura de algún libro, algún periódico o algún prospecto medicinal o al dejar caer de las migajas para algarabía aviar en una regeneración constante del bucle de limpieza y secreciones intestinales. No era barrio monumental ni de paso a ningún otro. Los extrarradios son como satélites planetarios con su propio tiempo y su propia gravedad, solo que sin interés para su exploración. Los más afortunados son poco más que un

nombre en la parte final de las gráficas que representan las estaciones de los transbordadores metropolitanos. Pero ese apartamiento genera a su vez sus propias leyes y sus propios mitos, sus reyes y sus bandoleros, su propia jerga y un sentido propio que sólo sus pobladores saben encontrar. El conformismo y la costumbre hacen el resto.

Él tenía su paraíso en forma de breve semiplaza asfaltada bajo su ángulo panorámico de unos doscientos metros de anchura. Un teléfono público, de esos que vendrían a dar cumplimiento a las obligadas estadísticas de servicios urbanos, se erguía como monolito abandonado. Cada vez escasean más. Los teléfonos públicos han perdido la batalla ante la telefonía móvil privada como todo lo público en general se ha rendido ante la voracidad de unos seres de boca grande y poderes infinitos llamados mercados. Qué importaba eso si él lo tenía allí, delante, como un regalo para la agitación de su inspiración y su inventiva en las pocas ocasiones que alguien se paraba y gastaba algunas monedas para comunicar clandestinamente con el amante -en la fase en que los amantes toman el cuidado de no dejar rastros y se ocultan y planean promesas de alejamiento de sus respectivas cargas-, o tal vez para dejar el determinante y funesto encargo para el sicario que habrá de sesgar alguna vida, que ya no será plena ni completa por venganza, por oscuros intereses económicos o tal vez en la degeneración extrema de algún amante que decidió finiquitar la carga y el obstáculo que le impide salir de obscurantismo amoroso... Tal vez alguna moneda sólo se gastaba por contar aquello que no podía esperar a ser transmitido a

su destinatario final o al más inmediato receptor del mensaje inesperado, que habría llegado cogiendo de improviso al transeúnte, sin teléfono móvil, sin batería en el mismo o sin saldo en su tarjeta pre-pago. Pocas cosas podían tener esa categoría y ese peso de urgencia intempestiva que necesita ser contada en ese momento, una muerte las más de las veces. Cualquiera persona que atravesara el encuadre de su campo visual era digno de ser regalado con una vida figurada y consistente para su mente hecha pantalla. Él le daba el sentido, el guión perfecto a cada escena, normalmente breve, como la semiplaza que abarcaba su mirada apostada en la ventana, sin disimulo ni ocultación. Nadie se fija en los edificios de paredes sucias replicados y vueltos a replicar en las calles que son de paso y no de vida, como túneles, calles así mismo replicadas en las cuadrículas impostadas del extrarradio. Menos se fijan en sus moradores si no es por escándalo, enredo o maraña. Y en esto él se volvía a considerar afortunado puesto que el vecindario era escaso en las horas vespertinas en las que él ponía su figuración en marcha. El cansancio de los moradores de la ciudad-dormitorio era demasiado tras la cena como para estropear la visión nocturna del paraíso urbano. Sólo una leve música ascendía desde el patio interior al que se asomaba la estancia contigua a su habitación. La inconfundible Edith Piaf se elevaba con los vapores de los guisos desde un plato giratorio de tocadiscos acompañada de la orquestación enlatada de mediados del siglo pasado. La anciana vecina del primer piso hacía de ella su compañía. Decía que había trabajado para la diva francesa como asistente en su casa y por eso disponía de varios discos firmados por la

Piaf con dedicatorias en lengua napoleónica. Nadie en el vecindario se había preocupado de corroborar la veracidad de ese dato, como ningún otro que pudiera provenir de "la loca francesa", sus divagaciones no interesaban y, sin embargo, nadie le recriminaba que su música invadiera el patio interior del edificio dándole un toque romántico de película francesa a la cotidianidad en la que pocas cosas pasan. Para él era el complemento perfecto a los momentos en que su ensoñación tomaba derroteros románticos ante el paso pausado o apresurado de las chicas que se le antojaban atractivas. Y eso no sucedía muchas veces.

Era julio y su verano dejaba el ardor de los calores esparcidos por las estancias de las viviendas económicas y mal aisladas del edificio. Ventanas abiertas. Siete de la tarde. El alfeizar de su ventana se ofrecía como un regazo a sus brazos en otra tarde de escaso trasiego. Palomas sedientas planeaban en busca de las primeras sombras del atardecer. Siguiendo a una de ellas hasta la salida de su escenario la vio. Como vapor emanado de un asfalto acalorado se desplazaba la que sin duda le pareció la muchacha más bella que jamás había visto. En un primer fognazo le dio la firme impresión que debía haberse perdido, tal vez se había dormido en el autobús y había bajado distraída, porque su imagen regalada era el anacronismo o el error que hay que encontrar en las series de imágenes que se ofrecen en los pasatiempos. No la había visto antes. No era del barrio, desde luego. Vestía diferente a como lo hacían las apretadas chicas que caminaban hacia la parada del autobús en busca de una tarde o noche de

discoteca en la urbe. No porque sus ropas fueran muy diferentes, era más bien el conjunto, la elegancia con la que una falda corta en semivuelo caía sobre sus muslos estilizados. Sandalias de tacón escaso ablandaban su paso. Su piel estaba dorada por el sol veraniego y realzaba más su luminosidad y brillo interno, sin embargo tendía claramente a la blancura y así debía ser su tono la mayor parte del año. Una blusa o camisola blanca le hacía más liviana en su caminar, con la hechura suficiente como para no marcar en exceso y dejar a la intuición el seguimiento de las líneas iniciadas en sus hombros medio descubiertos hasta llegar al remanso de sus caderas. Todo en ella le recordaba a la perfección buscada en las esculturas clásicas, un equilibrio que partía desde una melena de ondulaciones doradas coronando el rostro suave de la alegría y que bajaba en cascada de ternura hacia los talones en la versión dulcificada de una montaña rusa carnal. La distancia le impedía ver con exactitud el color de unos ojos que se le antojaban cambiantes al reflejo del sol y parecían difuminarse entre tonos verdosos y amarronados, hierba y tierra como la que soñaba que un día habría en la semiplaza que ahora pisaba la justificación a todo el tiempo de observación, el regalo, el sueño, el deseo.

Al llegar al centro de la semiplaza se detuvo y volvió unos cuantos pasos. Se detuvo. Le pareció que adoptaba una postura de espera. Se lo confirmaron una mirada al reloj de pulsera y unos pasos de ida y vuelta en una exhibición de magia y compostura para sus ojos, descartando también la hipótesis del casual extravío. Su extrañeza y su curiosidad iban en aumento. Y el

asombro y la alegría de la mirada que ha hallado una vista ni tan sólo soñada. El vaiven de la espera generaba nuevas perspectivas del rostro de la chica. Los labios parecían besar la tarde y su calima que regalaba vapores, dulzura y oro para los cabellos que aguardarían a quién sabe quién. Ahora no le importaba eso.

Importaba el tacto de sus dedos recreado en la fantasía, dedos erizando el vello de su espalda, dedos como lenguas. Podía sentir su suavidad y su humedad en la distancia. Importaban sus labios de tierna mueca contra los labios que tanto la habían aguardado.

Para entonces la Piaf le regalaba *La vie en rose*. Habrían pasado tres o cuatro minutos desde su aparición, tal vez cinco -el tiempo del deleite es incierto y difuso en la mente-. La cita se retrasaba y aunque eso le indignaba y le recomían sus maneras de antiguo caballero nunca puestas en práctica -él nunca la haría esperar-, lo cierto es que cada segundo de retraso era una fiesta para los sentidos. Sin embargo, en una breve pausa en la ensoñación, se vio turbado por la certeza de que en esta ocasión no podía inventar ni concebir otra historia que no fuera la del encuentro con ella y que la frustración haría mella en él como suelen hacer siempre los deseos no conseguidos. Y aun así no apartó la mirada para evitar la herida o el daño interno, donde se va perdiendo el hilo de la vida sin que mane la sangre. Por primera vez sintió que la vida valía la pena fuera de los muros de su habitación y dudó por un momento en bajar las escaleras y salir al escenario, a la pantalla que él había maquinado en tantas ocasiones y, por una vez, convertirse en actor -ni que fuese extra o en secundario papel, figurante de fondo de paisaje-. Un movimiento de ella le devolvió a la

nube. Fue para acercarse al teléfono público -sin duda la cita se retrasaba más de la cuenta-. De espaldas era el misterio por descubrir de nuevo. Vio como su mano dejaba una moneda y sus dedos marcaban el número fatídico que había de alejarla, bien porque la cita se apresuraría al encuentro disculpándose en su retraso, bien porque se cancelaría el encuentro acordado y ella volvería decepcionada -no lo merecía, dudó de nuevo en bajar las escaleras-. En ese momento sonó el teléfono en casa y un vuelco del corazón le sobrecogió. Debía ser una coincidencia burlesca. A los pocos segundos oyó la voz de su madre: - Una tal Alicia pregunta por ti. En un retroceso automático y violento, como el de las armas disparadas, se cobijó tras el cortinaje donde se ocultaba el convencimiento que su destino no merecía otra suerte ni desgracia diferente a su vida apostada en un ventanal abierto al sueño. En el extrarradio los sueños duelen y matan las más de las veces. Edith Piaf había dejado de cantar.

IDEAS PEREGRINAS

Así, de buenas a primeras, de improviso, después de tomar la pastilla para dormir y no soñar, llegó hasta mí, en riguroso orden marcial, un desfile de ideas peregrinas. Venían vestidas con el clásico uniforme rico en transparencias e insinuaciones con el que se representan en la mente adormecida -más receptiva en consecuencia-, como un reguero de vapores difusos que lanzan destellos hirvientes hacia algún rincón del ser profundo. Allí, a resguardo, se mezclan con otras idioteces conscientes -la vida misma- y son capaces de destilar alguna sonrisa robada a los días.

La primera vino haciendo acrobacias. Salto adelante, salto atrás, doble mortal con tirabuzón y errado final en el que sus piecitos de alambre no soportaron la embestida y el suelo la recibió de bruces antes que pudiera decirme nada. Pensé que la noche empezaba de mala manera, como una fallida acrobacia amatoria o una petición de cita no correspondida.

La segunda fue más comedida en sus gestos y más contundente en sus palabras. Se dirigió a mí con soberbia lengua y profiriendo firmes sentencias sobre filósofos difuntos:

- Tú, aspirante a escritorillo, ¿cómo pretendes decir algo

interesante en estos días timoratos sin referirte a Schopenhauer? ¿No ves que el pesimismo occidental os ha invadido de veras? Pesimismo sois, sí, y sólo el dolor ajeno os genera alivio. Siempre encontráis una situación peor en la que consolaros y con eso os basta. Esto no es nuevo, pero se olvida frecuentemente. Empieza a profundizar en esas tesis y verás como las mentes preclaras acuden a leer esos escritos tuyos, cuentos vacuos que a nadie interesan.

Se fue con gesto altivo entre los vapores del sueño y pensé, con la incerteza con la que se piensa en las horas brujas, que tal vez me había excedido en la dosis de la medicación hiperrealista que había de sacar de mí ideas interesantes que contar o que debía tratarse de un efecto secundario pasado por alto al leer el prospecto de cincuenta paginas minúsculas. El médico me había dado un ultimátum: -Si esto no funciona, piensa en dedicarte a otra cosa. Hazte tertuliano y habla sobre cualquier cosa como si fueras un experto en la materia. Con cuatro datos, una voz contundente y buenas dosis de mala educación te harás un hueco seguro en cualquier emisora... Deja las ideas para los filósofos...

Al tiempo que miraba cómo se desvanecía su paso firme entre el humo, recordé vagamente el tiempo perdido en las clases de filosofía de mi juventud. Qué desperdicio de ideas desaprovechadas entre la languidez de un profesor, que parecía marchitarse en cada clase, ante la efervescencia hormonal de unos adolescentes escasamente interesados en leer unos textos a los que no encontraban utilidad alguna. A veces pienso si estas materias no se hacían premeditadamente aburridas para atar corto el pensamiento y dar rienda suelta a la

memorización enciclopédica.

No dio para más. En un abrir y cerrar de mente apareció, en un contoneo seductor y voluptuoso, la tercera. Tenía el cabello de un rubio platino al estilo Marilyn y el aspecto de una licenciada en ciencias del pragmatismo. Unos labios color cereza empezaron a moverse para dejar paso a una voz que bien podía provenir de la verdulera de un mercado cantando las ofertas del día en pimientos y berenjenas: -Chato -me dijo- si haces caso a la estirada esa vas listo... Beleneses estébanes, paquirrines, pantojos, jesulines, reyetones, princesotas, borbones, norias, sálvames y grandes hermanos... Eso vende. Pruébalo, chato, pon un nombre de esos en uno de esos rollos sosos que escribes y verás lo que es tener visitas y seguidores en los facebucos al uso. Y no dijo más. En un movimiento pendular de su cabeza lanzó tres besos al aire de los que supuse destinatarios a mis dos mejillas y mis labios. Instintivamente los toqué (los labios), no sé bien si para cerciorarme que había recibido la mercancía aérea o para borrarle un mal regusto. Me dije que en cuanto me despertara tenía que volver a mirar los principios activos de las pastillas. Recordaba el *clarividencenitol*, el *realistinol* y el *ilustranato potásico*, pero sin duda también debía tener alguna proporción de *chabacanato sódico* a juzgar por el resultado. Notaba que la solución efervescente que había tomado un par de horas antes chisporroteaba en las neuronas y no daba tregua.

Así llegó la cuarta. Parecía una musculada lanzadora de martillo de alguna república balcánica y, con la misma fuerza que desprendían sus músculos, espetó unas palabras: - "Deportes. Fútbol sobre todo. No te dejes

llevar a engaño. Es la lucha primitiva en la que los cazadores salen a competir por ver quién traerá los mejores trofeos. Los vencedores son vanagloriados y se convierten en admiración y espejo. Habla sobre ellos y sus logros y no te faltarán avezados lectores en eventos deportivos. Se despidió con un grito de final esfuerzo al estilo de las tenistas cuando acaban de golpear la pelota. Perdí la cuenta, pero debieron pasar frente a mí diez o doce ideas más, pero quedaron más difusas. Sin duda el *retentínol* no hizo el efecto esperado en mí. Una vino con una retahíla de recetas de cocina, otra con el cuento de una entrega novelesca por fascículos, alguna otra me dió consejos sobre videoarte de desnudeces y creo recordar alguna otra que me recomendó escribir sobre el apasionante mundo de los abanicos.

Pasadas las horas bajo la influencia de la droga prescrita desperté y, al mirar hacia la ventana, ante los primeros clareos de un sol insolente, la última seguía allí, sentada en una pequeña mecedora de juguete y mirándome fijamente. Pensaba que en algún momento habría hecho su aportación al enriquecimiento de mi ideario en la parte que quedó menos definida en mi mente, pero no. No dijo nada y tampoco lo hizo mientras me seguía en mis rutinas de aseo y alimento matinal. Supuse que en algún momento se cansaría de mirar a un ser de escaso interés y provecho. Nuevamente erré en mi suposición y volvió a seguirme mientras me subía al coche. Se sentó en el asiento del copiloto y le ayudé a abrocharse el cinturón de seguridad. De camino al trabajo me decidí a hablarle: -¿No vas a decirme nada?. Me miró, pero continuó en silencio. También en silencio entramos en la oficina en la que aún no había nadie. Por precaución la

guardé en un bolsillo y, aunque seguía sin hacer ruido, notaba sus pequeños movimientos. Su silencio me intrigaba y me atraía, pero tendría que dejarlo para después. Me despecé en una sucesión de bostezos y estiramientos antes de recibir al primer cliente de la mañana. Curiosamente sólo venía a ofrecerme un puesto de tertuliano en un programa político-económico de televisión. Estaba convencido de que era el candidato ideal. Educadamente le dije que no.

PAN DE HIGO

Fue escuchando una vieja canción que me transporté al último curso de lo que entonces se conocía como Educación General Básica. A velocidad imposible todo adquirió la dimensión agrandada de un punto de vista menguante y los aromas de la sudoración efervescente de una clase masificada -45 almas en ciernes de una pubertad incipiente- impregnaron el aire viciado de mi dormitorio. Era el día en que las fórmulas del encerado y las frases subrayadas en sintagmas dejaban paso a la actividad lúdica de los últimos días de clase. Había que organizar la fiesta para celebrar el final de un curso que nos arrojaría a las fauces desencajadas de la educación secundaria, donde la vida académica se vivía tanto dentro como fuera de los muros de los institutos de mi barrio. Los que teníamos hermanos mayores lo sabíamos. Ellos nos habían anticipado las diferencias y los lugares comunes entre el colegio y el bachillerato. También conocíamos los lugares físicos en los que la vida paraescolar de actividades semiclandestinas discurría al margen de la vigilancia paterna. A Jose (para mí nunca fue José) y a mí nos habían nombrado encargados de la música de la fiesta. Un error

de bulto por parte del tutor, puesto que él conocía de sobras que nuestras preferencias musicales diferían bastante del gusto bastante común de la clase por las remezclas bailables y la música ramplona y sensiblera. En este sentido, el musical, era el nuestro un gusto sincero. Quiero decir que el rockabilly y el rock más o menos "duro" nos gustaban de verdad y no, como en otras muchas ocasiones, cuando mostrábamos una opinión contraria a la mayoría del curso sin otra motivación que la de sentirnos diferentes. Jose y yo llevábamos compartiendo aula, mesa y muchas risas desde los cuatro años, y aún la compartiríamos durante todo el bachillerato. Es posible que hoy en día nos hubieran tachado de *frikis*, pero en aquella época éramos dos personajes bastante respetados. Nos movíamos en una línea socarrona y crítica que divertía y exasperaba al tiempo al resto de la comunidad educativa que compartíamos.

Aquello nos lo tomamos tan en serio que decidimos quedar en casa de Jose para preparar una lista de canciones que montaríamos sobre unas cassettes vírgenes, pensando e imaginando los diferentes momentos que se darían en la fiesta. Allí no faltaba de nada. Música radical de *Kortatu* o *La polla records*, buenas dosis de rock español de la mano de *Rebeldes* y *Loquillo*, heavy metal internacional como *Iron Maiden* o *Judas Priest*... Un cóctel musical hecho para nuestros oídos, pero difícilmente aceptable para la fiesta a la que iba destinado. Y eso que incluso incluimos como deferencia algún tema del *Los hombres G*, aunque sólo fuera para poner acto seguido "*G de gilipollas*" de

Pabellón psiquiátrico (grupo poco próspero, por cierto). Después de dos horas de grabación, decidimos acabar la composición con *Pan de higo* de *Rosendo*, porque nos pareció una canción ideal para cerrar el ciclo del colegio que se acababa y nuestra intención de ser de una determinada manera en el nuevo que había de comenzar. Entre canción y canción íbamos deslabazando anécdotas y recuerdos de los años pasados, sazonadas todas con buenas dosis de humor pre-adolescente (a pesar nuestro, éramos aún demasiado jóvenes para que las absurdas preocupaciones adultas afloraran en nuestras conversaciones). Regamos esos momentos con refrescos de cola que la madre de Jose nos había preparado y que, clandestinamente, habíamos complementado con licores diversos, extraídos todos de pequeños envases promocionales de bebidas alcohólicas obtenidos de nuestros recientes y respectivos viajes familiares a Andorra. Sí, en aquellos años todavía existía la creencia que yendo a Andorra a proveerse de viandas en las macrosuperficies ultramarinas se obtenía un ahorro notable en la economía cotidiana. En uno de esos desvaríos bromeamos sobre las chicas que nos atraían. Jose tenía bastante más éxito que yo en este aspecto y a ello le ayudaba su locuacidad desmedida. La mía era mucho más comedida y tímida (maldita timidez). Conocíamos nuestros gustos, pero volverlos a confesar en aquel instante reforzó nuestra sensación de camaradería indestructible. Él lo tenía más fácil, puesto que la chica que le gustaba estaba en nuestra clase, en cambio, la que a mí me gustaba estaba en la clase contigua -otras

45 almas en ciernes- con veintitantos posibles competidores y un muro de por medio.

-Lo del muro tiene remedio...- Dijo Jose. Y lo dijo en serio. Lo supe porque cuando me tomaba el pelo dibujaba una mueca entre la comisura del labio y la mejilla que yo bien conocía y que segundos después acababa en carcajada. Yo debía de gesticular de alguna forma especial, porque él también sabía en seguida cuando le tomaba el pelo a él.

- ¿Qué quieres decir?

- Que todas las paredes, como todas las casas, se impregnan de las vivencias que allí suceden... Y tienen memoria y son permeables al alma que consiga conectar con la materia viva que poseen. Verás lo que quieras ver. Tú mira-. Dio un trago y volví a pensar que en ese momento surgiría la carcajada desparramando el líquido gaseoso de su boca. Pero no lo hizo. Primero me asestó la convicción que a esos botellines andorranos había ido a parar más graduación alcohólica que la que correspondía a sus hermanas mayores, las botellas del mueble bar... O que era una mala y lógica reacción de un cuerpo demasiado infantil todavía para unas bebidas que nunca debimos tomar. Poco a poco, sin embargo, fui cayendo en la cuenta que esa creencia sí podía encajar en el vivencial posible de Jose. Su madre era muy dada a los emplastes y brebajes naturales como remedios a cualquier mal. Tenía el gusto por la disposición de los muebles de una manera peculiar. Cualquier interiorista de barrio habría

sacado más partido a los metros cuadrados de la vivienda que moraban, pero ella siempre decía que las energías positivas estaban donde estaban y que había que aprovecharlas, que no iba a mover el sofá un metro hacia atrás por aprovechar un espacio que era "neutro" o de una clara "carga negativa". -Se le va la pelota que es un contento.- Decía Jose cuando comentaba alguna de estas cosas. Así que su seria afirmación podría ser un extracto de alguna convicción materna sobre mundos invisibles. Como si nada, y para dar por zanjado el tema, bajó la conversación a al nivel terreno en el que nos hallábamos antes del inciso metafísico:

- Es chungo, pero es lo que hay. Venga nene, dale al "rec", que he enchufado ya el *Pan de higo* en el plato...!

Y nos quedamos tan anchos. El verano se asomaba ya al calendario y, aunque acabamos tarde, todavía había luz de regreso a casa. El sabor a menta del chicle que mascaba despejaba mi aliento y mi mente. El dolor de cabeza vendría después.

Al día siguiente nos plantamos en el colegio con el material grabado. Los de la decoración habían llegado antes y poco después lo hizo el grupo encargado de comprar los refrescos, el de los aperitivos... Cuando estuvimos reunidos todos en el aula, el tutor inició un tibio discurso de despedida en el que más o menos dejaba entrever que nos daba las gracias por nuestra

actitud durante el curso y nos deseaba muchísima suerte en la nueva etapa estudiantil que nos esperaba tras el verano. Después inició una ronda para que fuéramos interviniendo uno a uno todos los compañeros de clase para ver qué nos había parecido el curso y qué esperábamos. Con toda la vergüenza y la tontería de la edad, puesta aún más de manifiesto a la hora de intervenir en público, se fueron desgajando muchos parabienes, agradecimientos, nostalgias anticipadas y besos lanzados al aire. Afortunadamente el proceso fue más rápido de lo esperado.

La fiesta empezó entre corrillos de grupos afines, llenando vasos de plástico y comiendo aperitivos de dudosa calidad alimenticia en una hora en la que aproximadamente deberíamos estar desayunando. Rápidamente se vio que la música seleccionada por la pareja de raritos no iba a invitar a una cohesión grupal que, por otra parte, tampoco había existido nunca. Nos esforzamos por explicar las bondades de lo que allí habíamos grabado, pero como era de suponer, fue en vano. Entre explicación y explicación de un pretendido *savoir entendre* musical nos acercábamos disimuladamente a los servicios para añadir a los refrescos la justa y prohibida medida de condimento alcohólico. Y entre divagación y divagación la realidad iba quedando a unos cuantos centímetros del suelo. A la hora de las lentas y sus obligadas piezas del *Gold Ballads* de *Scorpions* necesité acomodo en una silla, no por

embriaguez (ahora sospecho que aquel alcohol, a parte de escaso, estaba rebajado) sino más por cansancio o desinterés por todo lo que estaba aconteciendo. Jose, en cambio, se lo estaba pasando en grande, sabía adaptarse al medio cuando le interesaba mucho mejor que yo. Armas verbales y físicas no le faltaban... -Qué tio- pensé. Y sonriendo pensé en sus palabras dichas ayer, tan en serio que parecían de broma, y con media mueca ascendente me quedé mirando fijamente a la pizarra maldita que separaba la visión que deseaba. La miré como se miran esos libros en 3D en los que acaba apareciendo la profundidad donde hacía unos segundos sólo existía un fondo plano, sólo hay que desacostumbrar al ojo a mirar como mira siempre, a enfrentarlo a la mirada vacía y expectante... Así miraba yo y así apareció su sonrisa sobre la pátina verde de la pizarra, moteada del polvo blanco de las tizas, espectral, profunda y distante como yo la veía en los recreos, pero sin el bocadillo en las manos. Levitaba como levitaba algo dentro de mi ser en crecimiento y que me empujó a abandonar mi asiento y a cruzar la puerta de salida del aula. Al final del pasillo, a puerta cerrada, la clase contigua celebraba también su propia fiesta de fin de curso. Yo llevaba la sonrisa de la estupidez inocente impregnada en el rostro. Lo supe porque la vi claramente reflejada en el ventanuco que se abría en la puerta. Lo supe porque en ese reflejo vi superpuesta la misma sonrisa proyectada momentos antes desde la pared, sólo que el

destinatario de tan simpático gesto no era yo, sino Juan, quien selló el gesto con un breve beso de labio contra labio. -Decepcionante elección- Pensé. -La mía y la suya-. Volví a la clase donde Jose se seguía divirtiendo. Volví a mi silla y volví a mirar la pared con la certeza que había aprendido la primera lección de bachillerato el último día de colegio. No vi nada. Sólo me devolvía los ecos de *Pan de higo*.

LA SOMBRA

Llegó en estado de excitación profunda al portal que frecuentaba todas las semanas desde hacía varios meses. Observó que la placa dorada que anunciaba el piso del psicólogo que iba a visitar brillaba con más intensidad que de costumbre. Alguien debía de haber dado lustre al metal. O tal vez fuera el filtro emocionado de sus ojos el que concedía la iluminación extraña al insulso anuncio metálico. Volvió a mirar hacia atrás y pulsó el botón del interfono. Mentalmente visualizó el instante en el segundo piso, el momento en que el doctor Belmonte se incorporaría de su sillón al oír el sonido del timbre y, pausadamente, se dirigiría arrastrando su leve cojera por el pasillo de madera quebradiza hacia el telefonillo. Fueron los segundos exactos que transcurrieron entre la llamada y la apertura de la puerta. Nunca le había parecido un espacio de tiempo tan largo como el de hoy. No dudó eludir la espera del ascensor y subir apresuradamente las escaleras que separaban su desordenamiento exaltado de su refugio mental. La puerta estaba entreabierta, como era costumbre. Rápidamente la cerró tras de sí y todavía continuó con el ímpetu apresurado durante unos metros más sobre los

chasquidos del suelo del pasillo. Al fondo esperaba el doctor Belmonte, psicólogo reputado, imbuido de nuevo en la comodidad de su sillón y escribiendo varias anotaciones en un cuaderno. Tuvo la impresión de que la visita, previamente concertada, venía a interrumpir su trabajo. Al verla con el aliento acelerado, el doctor levantó la mirada y el cuerpo en el mismo gesto:

-¿Qué pasa Noelia?

-Ha vuelto, doctor.

-¿Quién?

-La sombra.

-¿Otra vez estamos así?

-Otra vez...

-Mmm... Es un retroceso claro... Estás alterada, pero no pareces preocupada...

-Yo diría más... Estoy aliviada.

-Pero... La medicación...

-Hace semanas que no la tomo.

-Noelia, ese no era nuestro acuerdo. Creo que habías hecho numerables progresos con el tratamiento. Eliminar las sombras de tu pasado, ese era nuestro objetivo.

El doctor Belmonte utilizó una mirada que buscaba complicidad con la paciente, y no sólo porque era lo que se requería en estas ocasiones en las buenas prácticas de la psicología, sino porque buscaba un permiso, una señal, una licencia para un acercamiento más físico que en el fondo deseaba e imaginaba recíproco. Noelia no era mujer de exuberancia ni belleza destacadas, sus rasgos sugerían desprotección en el imaginario del psicólogo, un aspecto a cubrir para el que el médico se

veía especialmente dotado. Esa fragilidad física era ficticia, pues la dulzura de sus rasgos, la suavidad de sus líneas dibujadas bajo el sutil descuido de una camiseta de cuello ancho o el desaliño azaroso de sus cabellos escondían una fuerza interior eléctrica y contundente, un carácter enérgico y decidido. En no pocas visitas, el psicólogo se llegó a preguntar quién debía ser el paciente y quién debía guiar la mente hacia los estándares de lo soportable. Fue en una de estas dudas donde el doctor vislumbró que tal vez ella pudiera estar atraída físicamente por él. Nunca había dado señales evidentes de ello. Es más, cabalmente parecería una idiotez. Belmonte era treinta años mayor que Noelia y aunque objetivamente conservaba cierto atractivo en la gracia de una madurez bien llevada, no parecía que ella hubiera reconocido este esfuerzo por perdurar en una juventud acabada hacía bastantes años. En ese leve ataque de evidencia racional continuó:

-Yo creo que íbamos en la buena dirección. En la última sesión, por ejemplo, te vi irradiando una confianza desconocida, una mirada de seguridad y plenitud muy diferente a la de las primeras sesiones... Francamente, no me gustaría tener que pasar mi caso a mi colega psicoanalista... Ya te había dicho desde el comienzo que tu caso bordeaba la necesidad de un análisis más profundo...

La mirada de Noelia se tornó distraída y ausente. La excitación había menguado notablemente. Un efecto de aquellas paredes amelocotonadas, salpicadas elegante y estudiadamente con óleos de algún desconocido

paisajista de inspiración onírica. Pensó en la curiosa gradación del tratamiento que sugería el psicólogo, el colega psicoanalista del que hablaba estaba en el tercer y último piso del céntrico edificio. El primer piso estaba ocupado por una academia de técnicas de autoayuda, el psicólogo ocupaba la estancia que ahora compartían en el segundo piso. Pensó que la azotea pertenecía a la fase final de los tratamientos mentales sin solución, la de los suicidas. Este leve desvarío le dibujó una sonrisa en los labios, un sutil arqueamiento en el que dejó al descubierto una mueca de gesto tierno, un guiño al imaginario del médico que, sin embargo, dejó escapar un dardo a sus veladas esperanzas amorosas:

-Disculpe doctor. El trato era ayudarme en este trance, no anularme.

-Noelia, por favor, cuántas veces te he dicho que me tutees, la confianza es fundamental... Como te decía, para progresar debes eliminar toda la carga negativa que llevas dentro y para eso...

-¡No! -Interrumpió. -Nos pasamos la vida tratando de olvidar todo lo malo, lo que nos angustia. Tenemos que aparentar que no tenemos miedo a nada cuando es el miedo innato el que nos mantiene vivos, el miedo irracional y primitivo que se despierta en la pasión, el que conocen las madres, el que nos hace fieros cuando necesitamos serlo... Intentamos olvidar lo que nos duele para hacer la vida soportable, pero en realidad cubrimos de un maquillaje sonriente ese dolor negándolo absurdamente... Nos convertimos en una pandilla de imbéciles con una sonrisa impostada basada en el deseo de algo que nunca seremos... Esa vida se hace

insoportable porque pertenece a un mundo fabricado en la ilusión de nuestra libertad, en que pertenecemos a un aquí y a un ahora que nos ha de llevar forzosamente a un mañana que ansiamos mejor. Sin embargo, al mirar cara a cara a la sombra lo he visto claro. Lo único que tenemos es nuestro pasado. Con todo su dolor y toda su alegría, ese es nuestro único peldaño seguro, el único que de verdad nos puede dar paso al peldaño siguiente siendo nosotros mismos...

-¿Cuándo ha empezado? Lo de la sombra, digo-. El psicólogo quiso retomar el mando de una conversación que no había tenido en esta sesión.

-Esta noche...

-¿Cómo ha sido?

Noelia detuvo un momento las palabras que se le habían agolpado apresuradamente en la boca para continuar la conversación. Notó que el verbo iba más rápido que el pensamiento y que podía decir algo demasiado evidente o de una simplicidad tal que pudiera ser aprovechado por el Doctor Belmonte para reducir sus argumentos a nimias ilusiones de una desequilibrada mental. Tampoco quería herirle ni mostrarse agresiva. A fin de cuentas había sido ella quién había acudido a él. Creía sinceramente en su voluntad de ayuda y por eso quería medir la sucesión de sentimientos que iba intentar reproducir:

-Como una caricia...-. Respondió Noelia. -Como una mano sigilosa que se hubiese acercado buscando mi cuerpo con el deseo de los amantes nuevos, con el vello erizado al tacto de los dedos entrelazados en mis dedos, sobre mis senos, buscando lo más profundo de mí y

devolviendome la vida en una noche incendiada y plagada de estrellas. Un fulgor, un fogonazo que al desvanecerse se extendiese por todo mi ser poblándome de una visión nueva y reconfortante...

El doctor Belmonte había inclinado los ojos ante el relato de su paciente. No pudo dejar de sentir un rubor interno - esperaba que no fuese externo- al imaginar que era su mano y era su cuerpo el que provocaba las sensaciones y el descubrimiento de nuevas formas en Noelia. Se sentía cada vez más desarmado. No obstante, intentó reconducir la sesión:

- Noelia, yo creo que se trata simplemente de una ilusión sexual, una fantasía que te ha dado una visión alterada de las cosas...

-No ha entendido nada doctor... Estoy hablando de sentimientos, no de sexo. Esa es la diferencia entre usted y yo. Yo le he hablado de un sentimiento forjado en experiencias pasadas que me han abierto un mundo nuevo... Usted, sin embargo, sólo se queda en el deseo. Creo que hemos terminado.

Noelia se levantó en dirección a la puerta. El doctor Belmonte se giró en dirección opuesta, hacia la ventana que tenía tras su sillón, con la mirada perdida hacia la calle. Abatido. Advirtió que la estancia se había enfriado, o tal vez fuera él quien había incrementado la temperatura interior a causa del rubor reprimido. Notó cómo un espectro negro y bien formado le atravesaba y salía en dirección a la puerta tras Noelia. A los pocos minutos los vio a los dos de la mano curzando la calle.

Parecían felices. Descolgó el auricular del teléfono y marcó un número conocido. Al otro lado del aparato se escuchó una voz familiar... -Psicoanalista, ¿dígame?-.

CARRETERA

El pensamiento se fue, carretera adelante, entre una niebla espesa. Iba más rápido que el vehículo destartado que le llevaba. Notó que se le desprendía sin avisar, sin pedir permiso al habitáculo físico que lo contenía. Hubo un momento en que tuvo la certeza que ya se había ido del todo, más que nunca, y se aceleraba sobre el asfalto en un imposible vuelo rasante. Inconscientemente -no podía ser de otra manera- aceleró el vehículo por el instinto del perseguidor que llevamos dentro. Pero el pensamiento ya iba unos kilómetros por delante, con la ventaja de la visión anticipada del porvenir inminente. Cada vez corría más. En unos segundos remontó y tomó las alturas de las aves libres, la visión cenital que pone en escala mínima la existencia humana.

El conductor autómatas del vehículo había desistido en la persecución, regresó al cuidado y al respeto hacia las normas de circulación por la carretera que tanto conocía, hoy bañada en los humedales de una densa bruma. Pero, en las alturas, las nubes quedaban como algodocillos bajo el sol matinal que acompañaba al pensamiento en su huída. Reconoció las líneas de la costa como se reconocen en los mapas de los viejos atlas y empezó a sobrevolar mares. Por un momento

temió quedarse sin rumbo en el constante azul de las mareas. Inquietud leve, atisbada apenas y rápidamente apartada por la plenitud libertaria del espacio. Los continentes pasaron como veloces fotogramas de un documental de paisajes. Cuando parecía que estaba a punto de abandonar la atmósfera y tomar una deriva cosmonautica, el pensamiento tomó una trayectoria descendente y comenzó a planear aprovechando las corrientes, águila acechante a una presa todavía desconocida. El destino del sueño, del anhelo libre, la lejanía del mundo cautivo. Apareció la imagen de una postal, el fotograma definitivo que daba sentido a la película, al vuelo y a la huída. Desde unas aguas calmas se alzaron las paredes verticales de picachos descomunales. Reconoció enseguida el Mar de Tasmania y el Pico Mitre, el lugar definitivo en el que habría de ser, su lugar. La belleza le sobrecogía hasta el punto de desbordamiento de los lagrimales. Se sintió azorado. Se acababa el tiempo de la huída, era un tiempo limitado y lo sabía. Excederse de la concesión de libertad diaria comportaría daños irreparables en la conexión cuerpo-mente que le sustentaba en el mundo de los cuerdos. A su pesar, abandonó el apaciguamiento de los sentidos y volvió, a velocidad endiablada, en busca del autómatas al que había abandonado. Fotogramas inversos de mares y tierras ya recorridos. Reconoció enseguida el vehículo del autómatas aparcado a un lado de la carretera. Le extrañó que no estuviera ya aparcado cerca del trabajo. Otra vez llegaría tarde para nueva ira del director de la oficina. Atravesó el metal del vehículo pensando aterrizar suavemente en la interpenetración con el cuerpo físico que le alojaba, pero

se dió de bruces con el asiento de paño gastado del vehículo. Etérea y desesperadamente empezó a buscar en los alrededores del vehículo con la esperanza que alguna necesidad fisiológica le hubiera hecho apartarse momentaneamente del camino programado. Pero no estaba. Volvió a mirar dentro del vehículo y entonces se fijó en una nota abandonada encima del salpicadero: "Me he entregado a la plenitud de la vaciedad. No me hagas más daño". Sonó entonces el teléfono móvil que había sido abandonado en el asiento del copiloto. Era de la oficina. El pensamiento abatido imaginó los improperios al otro lado del auricular.

A TRAVÉS DE LOS VAGONES

Siempre que bajaba las escaleras en busca del metropolitano que había de llevarle de vuelta a casa tenía la misma sensación de desprendimiento, el alejamiento del mundo de la superficie para introducirse en el mundo profundo, subterráneo recogimiento entre cientos de seres de movimientos programados. Era ese su momento, la transición, el viaje, no el destino. Al final del trayecto le esperaba una casa en el barrio marítimo, un piso de reducidas dimensiones con vistas robadas al puerto por los sucios edificios de los pescadores. Pero hasta esta visión solitaria quedaban unos treinta minutos de rielado trasiego metálico, tiempo ensordecido por el aceleramiento y frenado de los motores eléctricos del convoy. Ruido, oscuridad evitada por la luz artificial, aire viciado por los restos de la sudoración desmesurada de las axilas obreras, eran elementos de su aislamiento mundano entre sus congéneres viajeros, aislados, como ella, entre la multitud enlatada. Disfrutaba del momento que le regalaban las detenciones del vagón en las estaciones, como un infantil juego con uno de aquellos visores montados en pequeñas cajas de plástico, inútiles recuerdos para turistas, que ofrecen imágenes cambiantes de la ciudad, monumento o paisaje de turno

cuando se pulsa un botón. Como series de fotogramas que se detuvieran en escenarios repetidos para contar una historia diferente en cada parada. Los lugares repetidos tienen la virtud de albergar la diversidad del quehacer humano. En realidad, esa virtud es común a los lugares cotidianos y repetitivos y a los que no lo son, pero en los primeros destacan sobre el encuadre y cobran vida detalles que pasarían inadvertidos en cualquier otro lugar. El beso de dos amantes no deja de ser eso, un beso, la solución al deseo de dos bocas encajadas en su acepción más pasional, o el roce cálido y sereno de labio en mejilla en su acepción amistosa. Pero el beso repetido sobre el mismo fondo un día, otro día y otro día, permite observar matices sorprendentes y desconocidos, las sutiles diferencias entre ellos. Cómo el beso de los amantes va perdiendo intensidad en el tiempo o cómo varía esa misma intensidad en las personas que ocupan el escenario momentáneo y prestado. Lo que dice de ellas, de su atrevimiento o su comedimiento, de su pasión o su desidia, y no sólo en los besos. En las esperas, inquietas o calmadas, en las conversaciones, animadas o corteses. En las risas, en los llantos. A veces se repetían los personajes con coincidencia horaria, a ellos dedicaba con más ímpetu su extenuante capacidad de observación, pues era en éstos donde los matices diferenciales se encontraban más palpables. Hoy más triste que ayer. No se ha afeitado. Hoy está más esquivo y busca el extremo solitario de la estación. Algo le preocupa. Ya no. Hoy sonrío y saluda a una chica que no había visto antes. Hoy no lleva el periódico bajo el brazo. Las noticias son tristes. La cotidianidad aporta su monotonía y su costumbre, y al

tiempo la agudeza inconsciente para discernir lo que no es cotidiano, su pan y su hambre. El imaginario de la soledad hace el resto. Un día, otro día y otro día la misma cadencia de partidas y llegadas. Y la añoraba. Y se exasperaba cuando se truncaba por algún retraso del tren o alguna inoportuna avería, como si temiera que esos imprevistos fueran a alterar por siempre los cuadros de su museo vital.

Diciembre se dejaba ver en las estaciones con sus abrigos y sus bufandas. Pensó en la calidez que aportaban a los cuerpos observados. Serían agradables al tacto de sus manos frías. Pero ella ya no le coge de la mano. Puede que sea un enfado pasajero o el principio del distanciamiento definitivo. Uno de los dos cambiará de horario o de estación próximamente si es así. El hombre del fondo parece envejecido. ¿Cuánto tiempo llevo en este tren? Un niño corre sin saber que no podrá evitar la regañina de su madre. No hay escapatoria en el mundo subterráneo. Sólo la última parada de la línea tiene la fuerza para arrancarla de su abstracción. Subió las escaleras y el mundo volvió a pesar con su realismo y su gravedad. Diciembre era más crudo fuera. Las sirenas lejanas se diluían en la humedad de las calles de camino al portal de su casa. Diez tramos de escaleras. Cien peldaños. La costumbre los había hecho livianos. Al llegar a su puerta e introducir la llave en la cerradura vio una nota en el suelo. Supuso que sería un papel sin uso, a lo sumo una lista de la compra caída de algún bolsillo roto de un distraído miembro del vecindario. La recogió con la intención de tirarla. Abrió la puerta y, de soslayo, leyó la primera frase del papelillo: "Yo te he visto...". Se detuvo en el umbral por el que asomaban el frío y la

soledad de su vivienda, disimulada estos días por una impostada decoración navideña. Siguió leyendo. Yo te he visto a través de los vagones de una vida subterránea. Te he visto de pie, erguida y orgullosa, te he visto sentada y abatida. He visto tu mirada escrutadora buscando un cielo en la oscuridad. Es azul. O verde azulado. O marrón. Según tu alma. He visto tu risa aún cuando no reías. Y las lágrimas constantes que manan sin que llores. Te he visto desnuda aún sin verte desvestida. Yo te he visto como eres. Y tú no me has visto.

LA CARTA

El día de su noventa cumpleaños, Amalia Florisdalba se levantó lenta y quejosamente de su cama ortopédica. Era Enero y la casa amanecía con una frialdad que sus frágiles huesos maldecían. Bostezó levemente y se volvió hacia la mesilla de noche: medio vaso de agua, gafas para vista cansada, un reloj intrascendente. Nadie mira el tiempo cuando el tiempo ya ha dejado de correr, o que corra o no corra importa lo mismo. De uno de los cajones sacó un sobre amarillento y de allí, una cuartilla doblada en dos que transparentaba tinta azul trazada a mano, una carta. La leyó como había hecho cada año a modo de regalo de aniversario desde que cumplió los veinte.

"Te escribo esta carta y será la primera y última que te escriba. He decidido matarme por tu amor. Puede parecerte dramático y definitivo pero creo que es lo más honesto llegados a este punto. Ahora mismo te quiero tanto que quererte más me parece imposible. Tu belleza está en un estadio culminante y eufórico, un cuerpo espigado que se reafirma en las más sugerentes formas femeninas, una mirada que enciende y trasluce la pasión por la vida. La plenitud está en ti, en tu sonrisa, en todo

lo que abrazas, en todo lo que dices y en todo lo que callas cuando avanzamos en silencio de la mano. No hace falta más. Es por amor, te digo, que me mato. No por el que llaman despechado o no correspondido, no porque dude o el compromiso me espante. Sería capaz, creeme, de formar una vida conyugal que a ojos ajenos se antojara perfecta y colmada, pero yo sé que no lo sería, porque la perfección existe ahora. Hoy, no sé si mañana. No veo, en lo que pueda venir, más que decadencia y declive, más que degeneración y deconstrucción de lo que ahora siento y percibo, abatimiento de las formas y las esencias que hoy conforman nuestro amor. Así que cuando recibas esta carta sabrás por qué me quito la vida, porque creo que he alcanzado las más altas cumbres de la felicidad y prefiero irme así, feliz, sintiendo. No mereceré lágrimas tuyas, ni las quiero, porque me voy con tu sonrisa de cabeza al acantilado, a estrellarme en gotas marinas que esparzan mi sentimiento ensangrentado. Es por amor, repito, no me lo tengas en cuenta. Te quiere y se mata: Anselmo."

Dobló la cuartilla de la misma forma en que se venía venciendo el papel por el pliegue central desde el primer día que encontró esa carta en el bolsillo de una americana de bien vestir de Anselmo. Pero a diferencia de las sesenta y nueve veces anteriores se armó de valor y lanzó al aire la pregunta que no había hecho nunca y para la que había imaginado multitud de respuestas. La incógnita había sido el remedio y la herida, el tormento y la ilusión, el secreto que quiere y no quiere ser sabido y que había dado sentido a su

cotidiana vida de ama de casa.

-Por qué no te suicidaste, Anselmo-. Lo dijo como si supiera en el fondo que él tuviera conocimiento certero de que ella sabía de la existencia de su nota suicida aunque nunca lo hubiera revelado. Lo dijo al tiempo que enumeraba mentalmente y disponía su sentido auditivo a las respuestas tantas veces supuestas y que habrían de acabar con la duda, pero también con la posibilidad. Podría aceptar de buen grado un *"al final me di cuenta que una perfección idílica valía menos que una vida a tu lado"*, incluso una andanada primigenia de macho dominante al estilo de *"me dio un ataque de celos pensarte en brazos, en labios, en cuerpo entera y compartida en amor de otro que no fuera yo"*. Tomaría como anodino y decepcionante, aunque comprensible, pero sin duda menos romántico y literario, un *"tuve miedo"*, aunque la peor de las opciones para ella sería *"de qué hablas... ¿Qué carta?"*, porque revelaría una falsedad intrínseca al papel que la había alentado durante tantos años... Pero Anselmo permanecía en silencio alargando el misterio.

-Por qué no te suicidaste, Anselmo-. Nuevo silencio. Se dio la vuelta lentamente para mirar al otro extremo de la habitación. Sobre otro lecho ortopédico distinguió enseguida el color violáceo y la rigidez de un rostro inmóvil que mostraron el acabamiento vital nocturno y sigiloso de Anselmo. Los ojos de Amalia se empañaron levemente pero se resistió a llorar. Al contrario, una sonrisa difuminada se dibujó en los surcos de su rostro. En el silencio, en la incógnita perpetuada, había

encontrado la perfección a su historia de amor siempre inconclusa. Revolió un cajón de la mesilla hasta dar con un frasco lleno de unos gránulos de aspecto medicinal. No lo eran. Disolvió el cianuro en el vaso de agua que veía hoy, más que nunca, medio lleno.

LA TIERRA MEDIA

Estoy muerto. Tal vez sorprenda que un muerto pueda escribir, pero en la Tierra Media donde vivía hasta hace unos minutos eso es posible. Conozco muertos que hablan, se mueven y respiran, como sucedáneos de seres colmados de la energía vital concedida. Ahora dudo si debo escribir y relatar en presente o en pasado. Es lo que tiene la eternidad en la que empiezo a diluirme, el tiempo se hace etéreo y elástico y ya no sé si hace un rato se ha alargado tanto como para ser presente o futuro. Si era o sigo siendo. Qué confuso. Tengo que empezar a olvidarme de conceptos terrenos de temporalidad apresurada. Estoy muerto, decía. Lo sé porque ha sido una decisión voluntaria y meditada, consecuente al fin con unos principios, los míos, que he ido dejando morir con consciente inconsciencia. Lo sé también porque empiezo a percibir una densidad ingravida y espectral en las cosas que me rodean. Como entes vaporosos y traslúcidos. A veces la vida, cuando era vida y la tenía, era así. Primero fueron unos días aislados, repartidos como curiosidades puntuales y anecdóticas en el calendario. Poco a poco esos días fueron ganando cuadrículas a las páginas de los meses que pasan y pasan, desapercibidos, como sus lunas medias y enteras dibujadas para nadie. Nadie se fija si

mañana entraremos en cuarto menguante o creciente, pero están ahí como los números que señalan santos que no lo fueron y días que tampoco serán (quizá debiera decir *fueron*) más que números repetidos. Ahora ya poco importa en esta situación de eternidad incierta en la que me encuentro. Empecé a morir en realidad hace ya muchos años. No físicamente, decir eso sería una obviedad, puesto que empezamos a descontar vida desde el momento que nacemos, si no antes. Me refiero a la muerte anímica, de espíritu, de labor, de voluntad, de esencia vital que sólo busca a la parte biológica de la misma como sustento y soporte. A la muerte que se refugia en la vida como excusa para seguir siendo. Esta abunda extraordinariamente en la Tierra Media de donde procedo, tanto que no supe ni pude ni al final quise oponerme a ella, ni contrariar su irremediable engullir. Me cuesta bastante determinar ahora cómo fue el proceso. Es decir, si primero di la espalda a los valores que forjé como irrenunciables en mi juventud y después perdí la dignidad, o fue a la inversa. Si vendí primero el alma y después mi cuerpo prostituido, o hice una oferta conjunta por mi yo entero. Si fui mudando multitud de pieles al modo en que lo hacen las serpientes o me cubrí de tantas que al final no pude encontrarme. Qué más da. En la Tierra Media, reino elevado de medianos y mediocres, cuenta existir y ya es bastante, como las amebas o los protozoos, con sus funciones vitales definidas y poco más, seguir adelante por seguir, por reproducir, por perpetuar la especie en ilusorio convencimiento de progreso material, pero convencimiento al fin y al cabo. Podría decir que fue el sistema, ese engranaje secreto y clandestino que nos

empuja como la gravedad, ineludiblemente y en aceleración constante, con su decorado de protestas y descontentos, árboles salpicando un paisaje estático. Al final lo he asumido así. Luego me explico. La pseudoconciencia colectiva de supuesto y definido objetivo se impuso sobre el individuo y su esencia bajo la amenaza de la exclusión, del apartamiento y la diferencia que muy pocos parecen soportar. Pudo el sentido de pertenencia a una tribu impostada que nunca fue mía. Entendí tarde el concepto de suma individual y así me veo, al otro lado de la vida o de la muerte, según se mire, como se ve difusamente a un lado o a otro de una sugerente media cuando aún no ha ido a ceñir el talón, la corva, el muslo de armada pierna femenina. Cuando empecé a entenderlo todo era demasiado tarde, había dejado de ser en esencia, . El resto fue fácil. Me explico. Ganar la altura suficiente para asegurar la dureza del impacto y el acabamiento. Eso creo. La gravedad, el sistema, habrá hecho el resto, al final mi voluntad habrá servido para algo, eso lo supe tarde también. Ahora estoy muerto. Lleno de dudas porque sigo rasando el suelo y no me elevo, porque no difiero ni difiere el mundo a un lado o a otro de la media femenina. He perdido el reloj en la caída. Ahora tengo el tiempo.

CUENTOS DE LA MIRADA ESTRÁBICA

LECTURAS ESTRÁBICAS

Se sentó en un banco del andén. El metro venía a esas horas bordeando su capacidad máxima, aunque en los vagones finales la aglomeración era menor. Lo sabía. Por eso buscó conscientemente el apartamiento de las posiciones centrales de la estación para ir a ocupar el extremo opuesto a la entrada de la misma. Solían quedar huecos en esas bancadas del convoy y esta vez tampoco fue distinto. Hacía demasiado tiempo que se sentía diferente al resto de los mortales. Pensó en esto mientras subía al vagón, pensó en "el resto" como una masa uniforme y viscosa. No era un sentimiento de superioridad, aunque cualquiera lo hubiera pensado por su exquisita formación académica de rama científica que le había otorgado un destacado puesto de investigador en el Centro de Investigación Animal, también conocido como CIA. Aunque su intelecto brillara como las excesivas luminarias navideñas que evocan una plenitud eléctrica (de pago, por tanto), no era éste el origen ni la fuente de su sentimiento diferencial, creciente por días, desde que comenzara el proyecto de investigación sobre la capacidad mimética de los camaleones. Meses y meses de observación de diferentes especies de escamosos reptiles de mirada poliédrica habían despertado una curiosidad hiriente y enfermiza por todo

lo relativo a estos pequeños seres de color mutante. La identificación con ellos era cada vez mayor y disfrutaba con los experimentos de campo en que ponía a prueba sus numerosas habilidades y peculiaridades.

Una vez dentro del vagón buscó asiento en los huecos que los viajeros solían dejar entre sí, como una linde de espacio vital mínimo y enlatado que se dispuso a violar sin dudarlo un momento. Estaba muy cansado.

Últimamente las jornadas laborales se alargaban mucho porque los informes con las conclusiones del estudio iban muy retrasados, los reptiles habían adoptado una actitud tediosa y esquiva a los requerimientos y estímulos propiciados por los científicos. Un reflejo del pasar de los días en el CIA, como si los pequeños saurios hubieran adquirido también la capacidad de mimetizar las vibraciones anímicas de los espacios impostados que habitaban forzados. Pensó en todo esto con los ojos cerrados y con los gestos de abatimiento y cansancio propios del exceso de horas trabajadas. Al abrirlos observó que había tomado asiento entre dos chicas enfrascadas en sendas lecturas. Por distracción empezó a leer con disimulo y se percató que estaba leyendo en paralelo. Con el ojo derecho estaba siguiendo el acto sexual aguerrido y estridente en que un apuesto y adinerado joven sometía, con diversos correajes y otros adminículos pensados para causar dolor, a una postadolescente encandilada por las habilidades amoratorias y punitivas del zagal. Con el ojo izquierdo repasaba las explicaciones de un ignoto narrador sobre la formación del universo y su relación con los entresijos de las motivaciones humanas. Al volver a alinear la mirada hacia el frente los argumentos

parecieron entremezclarse con una lógica aplastante dando el gobierno del orden universal a un amo sadomasoquista que disfrutaba con el castigo humano de vivir. Se sobresaltó. No por este último pensamiento sino por la capacidad recién descubierta de usar una mirada independiente en cada ojo, una divergencia sensorial que además podía ser analizada independientemente por su cerebro.

Se levantó obviando el peso del cansancio y buscó con urgencia las puertas automáticas del vagón a la espera de la próxima estación. Necesitaba aire y cerciorarse de que no había sido un casual fallo neuronal el que había originado semejante desbarajuste visual. Subió las escaleras mecánicas de dos en dos y salió a la calle en busca de algún nuevo campo experimental donde probar su recién descubierta rareza. No tardó en encontrar un patrón similar al que había hallado en el suburbano. Un pequeño parque, unos cuantos bancos ocupados por madres y padres de primera y de segunda generación que dejaban corretear a una jauría infantil acabada de salir de su cárcel escolar. Volvían a quedar los espacios que alivian la insoportable proximidad del ajeno y desconocido. Se decidió a invadir esa tierra de nadie y ocupar el hueco de uno de esos bancos entre dos lectores de revistas. Tenía que ser rápido puesto que en este nuevo campo de experimentación no existían los límites metálicos del vagón de metro. Ni el peso del cansancio de las horas laborales que podía ser más denso que la sensación de la intimidación por el extraño que fisgonea sin disimulo. Aquí no. Sabía que sería cuestión de los minutos justos que delimitan el no parecer maleducado que alguno de los dos lectores, si

no los dos, se levantaran con cualquier excusa imaginaria y dieran por finalizada su estancia arrellanada. Profirió un saludo sordo y entrecortado que podría haber sido emitido por cualquier animal con capacidad para desprender sonidos guturales y se sentó. Desplegó, sin ninguna intención de leerlo, el periódico que llevaba bajo el brazo y dispuso, esta vez conscientemente, los ojos en posición divergente para otear las páginas de sus recién incomodados vecinos. Esta disposición ocular le permitió constatar, primero, que no era bien recibida su incursión en ese espacio, puesto que vio claramente sendas miradas convergentes hacia su persona con clara intención reprobadora. Segundo, que volvía a leer paralela y diferencialmente. A su derecha un avezado narrador explicaba el singular proceso de embalsamamiento de Nefertiti que había hecho perdurar sus restos desde tiempos remotos en que civilizaciones desaparecidas construían misteriosas pirámides. A su izquierda un periodista con grandes dotes de ratón de hemeroteca repasaba y enumeraba las ruinosas inversiones en las más variopintas infraestructuras que el gobierno había autorizado generando otros tantos innumerables casos de corrupción. Volvió a alinear la mirada y su cerebro volvió a reorganizar la información recibida tan a la vez y tan claramente dejando un regusto de moderna esclavitud y de extinción social que no dejó ninguna expresión de extrañeza en su rostro y que tampoco se esforzó por almacenar en su memoria, demasiado ocupada en establecer las malditas y esquivas conclusiones de las capacidades camaleónicas. Sus contiguos lectores se levantaron casi al tiempo dejándole con una sensación

de desamparo ante la soledad de sus pensamientos. Éstos se debatían entre revolucionar la línea de investigación del CIA y poner patas arriba las teorías y las premisas preestablecidas sobre la adaptabilidad animal, incluida lógicamente la humana, o ser prudente e iniciar los protocolos científicos que plantearían la hipótesis inicial que su caso no era diferente al padecimiento de un estrabismo exotrópico para acabar concluyendo que, efectivamente, padecía estrabismo. La tarde filtrada entre los árboles del parque dejaba en el aire una humedad cálida para deleite de minúsculos y numerosos insectos que volaban velozmente de un lado a otro quién sabe con qué finalidad. En un acto reflejo e inesperado sintió que su lengua salía despedida de su boca para retraerse de nuevo y rápidamente hacia ella portando una presa con forma de mosca atrapada en la viscosidad de sus papilas. Dobló el periódico y se levantó del banco. Se dijo a sí mismo que a partir de ahora miraría siempre de frente.

LOS PUTOS AMOS

- No hubo otra solución que inducir el miedo en vena.

Lo dijo la doctora Gálvez en medio del congreso médico que sucedió a una de las crisis económicas más devastadoras de la historia y que, precisamente, como buen congreso de expertos que se precie, se había reunido, básicamente, para intentar explicar por qué sucedieron las cosas como sucedieron y no de otra manera. Después ya saldría el informe que recogería las conclusiones con las aportaciones de cada ponente con la misma estructura. Como se dio A, por narices se tuvo que dar B y así, hechos consecuentes se transformarían en verdades inmutables.

- Es curioso -así inició su discurso desde la plataforma de oradores. -Es curioso que haya tenido que ser el Gabinete Médico de Emergencia quien haya tenido que tomar el mando de la situación. Pero la deriva de los acontecimientos no dejó otra opción.

La doctora Gálvez dirigía sus palabras introductorias desde un taburete tipo bar -no cualquier bar, uno elegante y de diseño, de esos donde se toman cócteles y no cañas- a un público que se mantenía en penumbra.

Tuvo la impresión de ser una cantautora aferrada a su guitarra que leía sus versos musicados para deleite de un público borroso que parecía esperar nuevas revelaciones existenciales. A diferencia de sus colegas de profesión, ella gustaba de vestir literariamente sus ponencias, de dotarlas de estructuras narrativas que bordeaban lo literario en diversos géneros participados de lo negro y de la intriga, del misterio adornado de metáforas ocurrentes que guiaban sus ponencias hacia resoluciones sorprendentes y que solían arrancar de la indiferencia y el adormecimiento al resto de sus acomodados compañeros de gremio.

- El síndrome había mutado a peor, como el mísero que bebe de sus miserias y en sus miserias se revuelca, cada vez había más individuos aquejados de alienación realístico-sensorial en su grado máximo, en la variante que, acertadamente, el doctor Silva de Güemes llamó "*O Síndrome do amo do mundo*", más conocido como SAM.

Siva de Güemes, Horacio para ella, había compartido su proyecto de estudio médico-psicológico sobre la alienación de la casta dirigente mundial en numerosas sesiones de trabajo del Gabinete Médico de Emergencia. Proyecto, ideas, horas y papeles, y pieles y besos encendidos por la pasión que despertaron los hallazgos sobre los desvaríos humanos de grandeza. El calor de la proximidad y la costumbre. Por eso quiso hacer ese guiño hacia la penumbra en la que dudaba, y sin embargo esperaba, se encontrara Horacio.

- Y aún así -continuó- análisis posteriores determinaron

que ni siquiera el mal del que aquejaron personajes históricos como Julio César, Napoleón o Hitler era el mismo que afectaba a los dirigentes que hasta hace unos días regían los destinos del mundo. No. Éstos, aún en su fase delirante, buscaron la complicidad de las masas, gustaron del populismo o, por lo menos, del mayor número de palmeros posibles a sus gestas o a sus desastres perpetrados-. Hizo una breve pausa para dar un trago al vaso de agua que tenía en una especie de mesilla coctelera a juego con el distinguido taburete que ocupaba. Inconscientemente volvió a buscar a Horacio entre la multitud. Tal vez no estuviera. Al final sus puntos de vista tomaron caminos diferentes, especialmente desde que ofrecieron a Horacio un cargo de bastante altura en el Ministerio de Sanidad y Juicio Público, organismo del que dependía el Gabinete Médico de Emergencia. -Ahí encontramos una variación en la cepa vírica de la pandemia -siguió hablando, ahora con voz más clara y briosa-, una variación definitiva que me llevó a proponer a la comunidad científica un nuevo término que gozó del común acuerdo médico para rebautizar el síndrome como SPAM, el Síndrome del Puto Amo del Mundo.

Una ovación atronadora y reverberante inundó la sala de congresos durante unos minutos. A la doctora Gálvez se le hicieron largos y complacientes, aunque falsamente intentara detenerlos con alguna mueca o gesto que pretendidamente quería retomar su monólogo. Los muy estudiosos y expertos en cualquier tema se gustan a sí mismos y se vanaglorian de sus hallazgos conceptuales. Cuando encuentran un concepto que creen

perfectamente adaptado a la definición del objeto de estudio o del problema por resolver, lo consideran el primer paso para una solución que muchas veces no llega a darse. No basta con identificar un problema. Hay que ponerle el nombre más acertado posible y se generan verdaderas competiciones en este campo (el paso de SAM a SPAM había sido el principio del fin de su relación con Horacio). La finalidad del estudio, la resolución del problema queda en un segundo plano. Finalmente la doctora retomó su discurso crecida por la sintonía con un público que parecía pedirle más, como unos bises musicales. Se sintió nuevamente cantautora en recital de liberación.

- Las masas encefálicas de estos pacientes presentaron todas la misma carencia de la enzima que alimenta la compasión por el prójimo, el entendimiento genérico del sufrimiento ajeno. No fue de extrañar que las decisiones que se iban tomando estuvieran cada vez más cargadas de una falta de sintonía con la realidad que pretendían ordenar. El orden es algo relativo. Ustedes lo saben. Las normas varían y se modifican como variamos y nos modificamos los que existimos en un lugar o en otro del mundo. Eso forma parte de la evolución homínida y nunca fue misión del Gabinete interferir en este proceso. Pero ni siquiera nuestra asepsia observadora pudo ser ajena e imparcial a la deriva de una clase dirigente ensimismada en un objetivo único: supeditar la existencia a su doctrina económica, la lanza y el escudo de una batalla desigual en la que sólo una minoría tenía las armas.

Nueva ovación. Nueva pausa meditada. Detrás de su figura arropada por un elegante vestido blanco de corte estrecho apareció una pantalla gigante que empezó a iluminarse con unas letras azules de cadencia estudiada que recorrieron geoméricamente la planicie de la proyección hasta formar un logotipo con la inscripción *Fearmed*. Ahora parecía un resplandor, un holograma sobre el fondo azul. La cantautora serena iba a dar paso, sin duda, a la parte *pop* de su discurso, el desenlace rítmico y cadente.

- Los ensayos clínicos realizados revelaron que esta enzima sólo reaccionaba al compuesto fabricado por la empresa *Fearmed*. Se trataba de una sustancia sintética de elaboración compleja y costosa que iba más allá de la solución química que cualquier medicina al uso podría haber aportado. Se trataba de una combinación de hormonas de origen animal que conseguían lo que no habían conseguido las protestas sociales ni sus tímidas insurrecciones. El miedo. Un miedo artificial, implantado en un chip de liberación lenta. Un miedo como seguramente nunca antes lo habían sentido, tan alejado de su impunidad acostumbrada, tan real como eficaz. Miedo.

La sala permanecía en silencio mientras en la pantalla gigante se iban sucediendo imágenes de conocidos líderes políticos y responsables de importantes organismos económicos mundiales en diferentes estadios de desesperación. La iluminación azulada salpicada por los destellos de las fotografías generaba un estampado colorido y cambiante en el vestido blanco

de la doctora Gálvez. Un aura mística, como de alguien sobrepuesto y espectral, ceñía su figura que ella esperaba aún sugerente, sobre todo para Horacio. Seguía sin poderlo localizar, ni siquiera en los entornos donde sí había visto sentados a alguno de sus afines y fieles colegas, los que no dudaron en seguirle cuando abandonó el Gabinete y oponerse entonces a los planteamientos divergentes que ella iniciara. El montaje fotográfico siguió sucediéndose entre dolorosos gestos y lágrimas que parecían desbordarse de la pantalla. Algunos acurrucados, recogidos en sí mismos, hundidos.

-El abatimiento y la derrota que observan no es casual. Están extraídos de los suburbios, de la miseria. Es elixir del hambriento, del desesperado, del suicidado. Lo digo literalmente. *Fearmed* halló la manera de aislar y extraer minúsculas partículas de la enzima miedosa, tan desarrollada en el común de los mortales y tan atrofiada en las castas a las que pertenecen los individuos que se les están presentando en imágenes. -Breve pausa. - Estamos hablando de la democratización -esto sonó forzado- del miedo. No de curación sino de liberación. Por eso actuó el Gabinete. No por presiones interesadas como se ha llegado a decir. Estamos hablando de liberación... ¿Cuánto vale eso? El miedo en vena, señoras y señores, el miedo. Esa fue la solución.

Se sintió definitivamente arropada por los aplausos de un público entregado. Bebió agua, saludó y dio las gracias a los asistentes para abandonar la zona de oratoria y dirigirse hacia la salida por el pasillo central de la sala de congresos. Triunfadora. A las puertas un corpulento

azafato le hizo entrega de un voluptuoso ramo de rosas acompañado de un sobre con el logotipo azulado de *Fearmed*. Saludó brevemente a un antiguo colega y al darse la vuelta le pareció reconocer el recorte de la silueta fornida de Horacio. Dudó un momento en acelerar el paso y saludarle, pero permaneció quieta ante el agasajo de palmeros sobrevenidos. Pensó que debía de estar llorando en sus adentros, porque notó el regusto salado de unas lágrimas que sabían a miedo.



www.arsaediciones.com